

—DESDE que las mujeres os habéis liberado, las familias no son como las de antes.

Esta frasecita tan profunda la dice uno de mis compañeros de trabajo, uno de los miles de hombres que siguen convencidos de que el sitio de la mujer es en casa, con la bata y los rulos, con la fregona en una mano y la olla en la otra.

Tengo que estar parte de las diez horas que trabajo escuchando que el noventa y nueve por ciento de los problemas sociales que tenemos hoy en día, se debe a la “liberación de las mujeres”, pero yo, por más vueltas que le doy, no veo la “liberación” por ningún sitio.

\* \* \*

MI jornada de mujer liberada e independiente, empieza a las siete menos cuarto de la mañana, cuando después de haber librado una dura batalla conmigo misma para lograr salir de la cama sin destrozar a golpes el despertador, me pongo en pie y voy dando tumbos hasta el baño, donde me llevo un susto de muerte al verme en el espejo, con los pelos alborotados, unas ojeras que parezco un oso panda y una duda existencial que me corroe: ¿Cómo demonios me va a dar tiempo de convertir esa cara que parece la del Fary comiendo limones, en la de una mujer que, como mínimo, resulte cómoda de ver?

A toda pastilla me meto en la ducha. No son horas de andarse con detalles, así que me limito a darme un jabón, lo justo para espabilarme, lo del gel exfoliante, el aceite de baño y las sales perfumadas, lo dejo para otro año.

Como tengo que dejar el baño libre enseguida para que entre Paco, saco fuera mi bolsa de aseo, y voy tocando diana para que se levante el personal.

Luis se mete al baño y se olvida de que cuando construyeron nuestro piso sólo se hacía uno para cada casa, pero como tiene que mirarse todas y cada una de las espinillas de su cara quinceañera, al cuarto de hora hay que aporrear la puerta para recordarle que su padre y su hermana también se levantan con necesidades fisiológicas y que, o sale por la vía rápida o tengo que poner orinales en el pasillo.

Mientras, Anita se queja de que no quiere llevar al colegio el chándal que le he preparado porque no mola nada, Paco dice que dónde he metido ahora los calcetines, porque en una de esas revoluciones primaverales que me dan, he recolocado los armarios y es demasiado esfuerzo abrir dos cajones, la brutal diferencia entre situar los calcetines en el cuarto cajón de la cómoda, en vez de en el tercero, es

muy fuerte para esas horas de la mañana, por lo que monta en cólera y baja a todos los santos del cielo.

En el espejo del pasillo intento darme un poco de colorate y hacerme la raya en el ojo, pero es una zona de mucho tránsito a esas horas de la mañana, y normalmente, la raya, menos en el ojo, me sale en cualquier sitio.

Luis se va sin desayunar porque anda tarde, Paco está cabreado porque no encuentra una carpeta que tenía que llevar a la oficina sin falta y que asegura que había dejado en el armario de la entrada pero que sin duda, yo, con mi manía de cambiarlo todo de sitio, se la habré puesto vaya usted a saber dónde.

Intento peinarme un poco para no provocar un infarto cuando salga a la calle con los pelos de loca que tengo, pero cuando estoy en ello, Anita vomita el desayuno porque encontró un grumo en el Cola-Cao.

Debería estar entrando en el trabajo cuando me encuentro en casa, con la cocina hecha un patatal, la niña hecha un cromo y Paco hecho un basilisco, saliendo por la puerta de mal humor porque llega tarde y la carpeta no aparece.

Recojo como puedo el suelo, cambio de ropa a Anita, salimos de casa pitando y la dejo en el colegio (creo que a pesar de la prisa la he dejado en el suyo, porque me sonaban las caras de las otras madres que vi como de pasada), y me voy pitando a la agencia, rezando para que al menos hoy, encuentre un sitio donde aparcar sin tener que dar tres vueltas a la manzana.

Como lo de rezar no es lo mío, las pocas veces que lo hago, no me hacen ni caso, se ve que no me conocen por allá arriba, y claro, no hay sitio ni en broma, por lo que no me queda más remedio que dejar el coche medio tirado en una zona en la que algún gracioso ha quitado las “erres” del

cartel en el que debería de poner otra cosa, y pone “caga y descaga”, pero no tengo tiempo de reírme, ya lo haré después, cuando esté más tranquila.

Al entrar en la agencia, veo que está de gente hasta atrás, yo no entiendo cómo puede haber alguien que se levante y ya esté pensando en viajar. Estaban las cuatro mesas ocupadas, incluso la mía, en la que se había sentado el jefe, que al verme entrar me dirigió una mirada de esas que pone él por encima de las gafas y con la que ya te puedes considerar muerta perdida.

—Llego un poco tarde —dije como una imbécil, como si no se hubiera dado cuenta ya.

Ni me contestó, se levantó de la silla y al pasar por mi lado me dijo “Tenemos que hablar” pero vamos, con el mismo tono que si me hubiera dicho “tenemos que asesinate”.

—Les estaba explicando a los señores que tenemos una oferta estupenda de siete días en Centro Europa, con media pensión y dos excursiones incluidas, pero no disponen de tanto tiempo, mira a ver si hay algo más corto.

Cogí los catálogos de Praga, Viena y Budapest y fui hojeando a ver si encontraba algo que les viniese bien a aquella pareja que tenía delante.

—Es que una semana es mucho, queremos menos tiempo, pero visitar sólo tres ciudades es muy poco, ya que vamos, nos gustaría aprovechar para ver lo más posible.

Volví a empezar desde la primera página del folleto, y mientras repasaba las maravillosas vistas de aquellas ciudades que conocía tan bien a pesar de no haber estado nunca en ellas, me acordaba de la carita que había puesto Ana cuando la dejé en la fila del colegio con su carpeta negra bajo el brazo.

¿Carpeta negra? ¿Cómo que carpeta negra? Pero si su carpeta es rosa y con cerditos voladores rodeando al oso Winnie de Poo, si ella no ha tenido una carpeta negra en su vida...

¡No! La carpeta que Anita había llevado al colegio era la que Paco había estado buscando, pero entonces... ¿Qué carpeta era la que había puesto yo el día antes en el portafolios de su padre?

Mientras la pareja de indecisos me miraba expectante a ver si les encontraba el viaje de su vida, yo me imaginaba a Paco, en medio de la reunión, sacando de la cartera una carpetita rosa con cerditos que revolotean en torno a un oso.

—¿Y algo más baratito? —me dijo la clienta sacándome de mis evocaciones domésticas.

—Más baratito... —le dije sin dejar de pasar las hojas del catálogo y sin saber qué decirle, porque eso de querer ver media Europa en dos días y encima sin romper la hucha, es bastante complicado.

—Ustedes anuncian siempre viajes muy económicos y luego, cuando viene uno aquí resulta que no hay nada de eso, esto es una vergüenza.

¡Anda, tócate la peineta! Encima de que estaba tratando de buscar el viaje imposible que me estaban pidiendo, todavía se atrevía a protestarme.

—No creo yo que sea tan difícil —dijo la señora en plan gallito—. Sólo queremos hacer una escapadita a Centro Europa en un fin de semana y que no se nos salga del presupuesto...

Y ahí ya me calenté, porque vamos, el presupuesto que traían ellos era como para partirse el culo de risa.

—¿Una escapadita? —les dije tratando de guardar las

formas—. ¡Ah, bueno! Haberlo dicho antes y hubiese mirado en el catálogo especial “escapaditas”.

Cogí un folleto que tenía a mi lado con el horario de autobuses a los pueblos de alrededor, y mientras ellos me miraban con cara de que gracias a su genio conmigo lo habían arreglado todo, yo les dije muy seria:

—Aquí está, este es su viaje: una escapadita de media hora a Orejillas del Sordete, ida y vuelta con media pensión consistente en bocadillo de chorizo de Cantimpalos y todo por el módico precio de...

—¡Pero bueno! ¿Esto qué es? ¿Nos está usted tomando el pelo? ¡Se van a enterar! Les voy a poner una denuncia que no vuelven a vender un viaje en su vida... ¿Dónde está el jefe? ¡Que venga inmediatamente!

La cagué, sí, ya lo sé, pero es que, o les tomaba yo el pelo a ellos, o me lo tomaban ellos a mí, y estoy tan harta de dar la razón al público en todo... ¡qué demonios! Si no la tienen, no la tienen y no hay más.

\* \* \*

FUE un día de perros, desde luego, porque la bronca que me cayó por parte del impresentable de mi jefe, fue de aquí te espero. Y encima no tuvo la delicadeza de hacerlo en su despacho, me puso verde delante de los otros tres compañeros, que lejos de tratar de calmarle y echarme un cable, escurrieron el bulto como pudieron, y no sé de qué me extraño a estas alturas, como si todavía no me hubiese enterado de que siendo la única mujer en la agencia, nadie me iba a apoyar.

Menos mal que al llegar a casa tuve la alegría de mi vida. Ya se me había olvidado que con las prisas, no me había dado tiempo ni de hacer las camas, como hago otros días para que la impresión de la llegada no sea tan fuerte. El panorama era desolador: ropa tirada por todos los sitios, nadie se ha parado a pensar que la ropa sucia no tiene pies y requiere el horrible esfuerzo de meterla en la lavadora, a ser posible sin que los calcetines estén hechos un roscó dentro de los pantalones o en la manga de una camisa.

El fregadero parecía un cementerio de cacharros, el baño era una mezcla entre la piscina municipal y el manicomio, y por si era poco, se me había olvidado sacar del congelador los filetes para la comida.

Una maratón es una carrera de tortugas al lado de lo que tuve que hacer para convertir la casa en un lugar medianamente habitable y tener la comida en la mesa cuando a las tres llegasen todos a comer .

Volví a salir para recoger a Anita del colegio, que cualquier día la pobre se me olvida allí, y cuando llegábamos las dos a casa, ella con una energía que asustaba y yo con un cansancio demoledor, nos encontramos con Luis que se había olvidado las llaves en casa y estaba paranoico porque llevaba cinco minutos esperando en la escalera.

—Si no me las sacases de la chaqueta... —me dijo, porque tiene una habilidad especial para dar la vuelta a las cosas de modo que parece que la culpa de todo, sea lo que sea, la tengo yo.

—Si no te las sacase de la chaqueta ya me habría cargado la lavadora —le contesté.

—Pues no me laves tanto la ropa, que es que lo tuyo es vicio...

Vamos, que es lo mismo, haga lo que haga la culpa va a

ser mía si las cosas son malas, porque si son buenas es gracias a él, eso sí.

La última vez que se cargó el disco duro del ordenador fue culpa mía por haber metido allí un archivo, y eso que era la primera vez que se me ocurría tocar el ordenador. Cuando perdió la cámara de fotos fue culpa mía, por no haberle dejado comprar una que venía con funda y correa. Cuando se cargó la persiana de su cuarto por subirla con la mala leche que tiene, fue culpa mía por haberle dicho que tenía que hacerse la cama, que por cierto, no se hizo porque él considera que es absurdo hacer una cama que hay que volver a deshacer por la noche, razonamiento que no le vale cuando le digo que entonces yo no hago comida porque es absurdo, si vamos a tener que volver a comer por la noche...

—Ten paciencia —dice mi madre—, está en una edad muy mala.

¿Pero y yo? ¿Es que nadie se da cuenta de que cuarenta años también es una edad muy mala? Que no es ninguna broma, que es el paso de una etapa a otra, no sé de qué etapa a qué otra, pero fijo que es un paso, eso lo tengo claro.

Cuando Paco llegó a comer, los chicos ya habían terminado, no conseguimos comer ni un día juntos, claro que no sé lo que será mejor, porque el día que me empeño en estar los cuatro en la mesa, no se puede ni rechistar, porque en mi casa mandan mucho más los Simpson que nosotros, y cuando intentas abrir la boca para decir algo, te ponen verde.

Y es que yo no soporto que una familia de personas amarillas y ordinarias tengan en mi casa más crédito que yo. Pero me tapan la boca diciendo que soy la única perso-

na del planeta a la que no le gustan los Simpson, y fíjate si estoy sensible, que me hacen sentir rara y todo.

Yo me imagino que si se me ocurre ponerme un moño azul de dos metros y tener un marido que lo único que hace es beber cerveza y soltar cochinadas, nos pondrían a caer de un burro, pero como lo hacen los Simpson, es la mar de divertido.

Ya me he mentalizado de que no puedo luchar con medio mundo, soy rara, ¿qué le vamos a hacer? Es algo que ya me quedó claro cuando fui la única persona que no vio la película del Titanic o la única que lee todas las ventanitas que se abren en el ordenador cuando estás instalando un programa, porque por lo visto, lo que hay que hacer es no leer nada y decir a todo que sí.

—¿Qué tal día has tenido? —le pregunté a Paco, aunque ya sabía yo la respuesta.

—Malo. ¿Cómo lo voy a tener? ¡Malísimo!

—Hijo, siempre dices lo mismo, alguna vez tendrás una mañana un poco decente...

—Pues no, ninguna. Pero claro, tú eso no lo sabes, porque como no tienes que aguantar al pelma de Oyarzabal, ni al gracioso de Lera, ni al engreído de Tolosa, pues claro. Es que tú vives muy bien, sentadita allí, dándole a la tecla del ordenador y vendiendo billetes, pero no te creas que todos tenemos esa suerte.

Pensé en aquel momento si le contestaba lo que se me estaba ocurriendo o si me lo guardaba para el “almacén de contestaciones que te hubiera gustado dar y no has dado nunca” que tengo en mi cabeza, y estaba tan cansada que preferí la segunda opción, porque el simple esfuerzo de responderle lo que se merecía, me resultaba demasiado para el agotamiento que arrastraba a esas horas en las que quedaba todavía medio día por pasar.

La tarde fue más bonita. Paco se fue a su esclavizado trabajo otra vez, porque aunque no tiene que ir por las tardes y odia a muerte la oficina, él no falta ni una tarde, no vaya a ser que se caiga el edificio sin su presencia. Siempre hay reuniones, juntas, trabajos que entregar urgentemente, correos que despachar y decisiones que tomar, y eso se hace por las tardes. ¡Ja!

La verdadera razón la tengo bien clara. Sabe que si por la tarde está en casa, igual le toca ir a llevar y recoger a la niña de las actividades extraescolares, o llevar a Luis a los entrenamientos a cinco kilómetros de casa y esperar reloj en mano a ver si sale a tiempo de ir a la compra, o recoger la ropa de la tintorería mientras la niña está en casa de su amiga favorita en un cumpleaños, o asistir a una reunión de la comunidad, que a nadie le gusta, o en su defecto, quedarse con los chicos en casa mientras voy yo, cosa que le produce terrores nocturnos, porque está muy orgulloso de sus hijos, sobre todo si los ve dormidos.

—Levanta la mano de la casa —me dice mi madre, que es una especie de Pepito Grillo que tengo— no estés tan encima de todo, mujer, que vas a terminar mal...

Pero claro, no le hago ni caso, porque si me resigno a vivir en el campo de batalla que parece la casa cuando no la pongo un poco en orden, tengo la sensación de que puedo morir allí, ahogada en el polvo, y tengo pesadillas, es cierto.

Así que cuando a última hora de la noche, después de haber hecho la cena, y recogido, y preparado la comida del día siguiente, y la ropa de la niña y el bocata para el colegio y planchado algo de la inmensa torre de ropa que se acumula en la cesta de la plancha para evitar que llegue al techo y aparezca en casa del vecino de arriba, cuando ya le he leído a la niña el tercer cuento para que se duerma, y me

ha tenido que despertar tres veces porque la que me duermo soy yo, cuando Luis está encerrado a cal y canto en su cuarto haciéndome creer que estudia pero en realidad conectado al ordenador hablando con sus amigos a los que hace una hora que no ve, cuando la casa parece un poco en calma, entonces, y sólo entonces, veo la cama y me tiro en plancha, porque tengo que dormir muy deprisa para que me dé tiempo de recuperar algo de energía y ser capaz de levantar a las pocas horas, este cuerpo de mujer liberada que tengo, que menos mal que estoy liberada, que si no...

Creí que estaba soñando, lo juro en arameo si hace falta, creí que era un sueño cuando según me metí en la cama y puse encima de un cojín este par de tobillos que parecían dos morcillas de Burgos y justo cuando iba a apagar la luz porque ojos que no ven..., me veo entrar en la habitación a Paco, con unos calzoncillos ajustados, con corazoncitos rosas, con la camiseta de Abanderado metida por dentro, y un radiocasette en la mano con la canción de Dinio sonando por todo el cuarto: “por la mañana haciendo el amó, y por la tarde haciendo el amó...” (y así todo el rato).

Se acercó a mí sonriendo picarón mientras yo le miraba aterrorizada.

—Nena... te traigo el remedio de todos tus males...

¡Unas vacaciones!, pensé. Pero no, se refería a una noche de pasión, o bueno, a diez minutos de “pasioncilla”, y yo allí, que lo único que quería era desenchufarme del mundanal ruido, que me cansaba sólo de imaginarme al Dinio todo el día dale que te pego. ¿Y qué iba a hacer? ¿Cómo le iba a quitar la ilusión?

Igual que cuando llevaban a Juana de Arco a la hoguera, me dispuse a quitarme el pijama de cuello alto, ese que era de ositos y que está tan desgastado que ya solo tiene unas cuantas pezuñas asomando en las costuras, y justo en

ese momento, Anita irrumpió en la habitación hecha un mar de lágrimas porque en su cuarto había un monstruo terrible y quería estar conmigo mientras papá lo mataba.

Y allí fue mi Paco, con sus gayumbos de corazoncitos sonrosados pidiendo guerra, a la caza del monstruo miserable.

No sé cuánto tardaría en “matarlo”, pero lo siguiente que recuerdo fue el odioso soniquete del despertador rugiendo cerca de mi cabeza y sin saber qué hacer, porque era incapaz de apagarlo sin soltarme de los brazos y las piernas de mi hija que por lo visto, había dormido toda la noche amarrada a mí como una lapa.

En el cuarto de al lado, Paco roncaba en la cama de Anita entre el ratón Micky, el oso Yogui, el rey león y las doce Barbies de múltiples colorines.

\* \* \*

—ANA, esto no puede seguir así.

Mi jefe se ha levantado con el pie izquierdo, se ha cortado al afeitarse o no se ha gustado en el espejo, cosa bastante razonable, porque con la cara de cebollino que tiene es como para pegarse un tiro con un tomate, y por cualquiera de esos motivos la ha tomado conmigo. Esto, si bien no está en el contrato, ya he tenido que soportarlo en múltiples ocasiones, aunque no por eso me acostumbro a ello, la verdad.

—El negocio está flojeando, las ventas no van como en veranos anteriores, estamos en la temporada más alta del año y ni nos acercamos a las cifras que habíamos alcanzado en otras ocasiones, así no se puede continuar.

Bueno, pero este tío qué pretende que haga yo, ¿qué salga a la puerta de la agencia y coja a los clientes por el cuello para obligarlos a que reserven uno de nuestros viajes? ¿O que me disfrace de Curro en el Caribe y me instale con una bañera de plástico en medio de la calle para que se sientan tentados de hacer un crucero?

—La gente no tiene dinero... —le dije.

—No es eso, siempre hay gente que tiene dinero y gente que no lo tiene, además, he estado revisando las ventas de cada uno y hay sensibles diferencias entre lo que venden tus compañeros y lo que vendes tú. Hay una clarísima falta de interés en ti, y aquí hay que tirar por el negocio, esto es de todos...

Mientras me habla, se acaricia insistentemente los pelillos del bigote, retorciéndoselos y mordisqueando algunos de ellos. Procuero no mirarle porque se me revuelve el estómago entre lo que veo y lo que oigo.

¿Cómo puede decirme que el negocio es de todos? ¿De qué todos? Será de los dueños de la mayorista y de él, porque lo que es mío, es bastante poco, vamos.

—Si no tienes ganas de trabajar, lo dices, hay cincuenta mil personas que se matarían por tener un puesto de trabajo como este, pero si estás aquí, hay que estar al cien por cien.

¿Por qué aguanto yo todo esto? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo, porque en nuestra casa tenemos la costumbre de comer todos los días, no me acordaba...

—Sería muy beneficioso para todos que demostrases un poco más de interés... no sé, eres la única mujer en la oficina, es de esperar que le des un toque femenino... que atraigas a los clientes de alguna manera... bueno, tú ya me entiendes, las mujeres sabéis de estas cosas...

Cuando dijo “de estas cosas”, hizo un ademán así, como indicando el escote, vamos, que yo no debía de ir a la agencia como iba, con ropa normal y corriente, sino que sería estupendo que me pusiese unos buenos escotes y le diese al negocio un cierto aire de barra americana.

Las cosas que se me estaban ocurriendo decirle eran inofensivas para lo que él me estaba insinuando, pero así y todo, tuve que morderme la lengua mientras pasaban por delante de mi mente la hipoteca del piso, la ropa que había que comprar a los chicos, el seguro del coche, la declaración de la renta que encima de no tener un duro siempre nos sale a pagar, la boda de mi prima Maite, que parece que no, pero hoy día una boda te desestabiliza el presupuesto de medio año, los libros del próximo curso...

—Pongo todo el interés que puedo en vender —le dije lo más suave que pude— aunque no creo que este negocio sea “de todos”, como usted dice, creo que me gano mi sueldo, pero lo que no voy a hacer es actuar de otra forma porque sea la única mujer de la agencia. La gente viene aquí buscando unas vacaciones, cuando quieren ir a un “puti-club”, ya saben dónde tienen que hacerlo.

—¡No, mujer! Yo creo que no me has entendido bien... No es eso, es simplemente adornar un poco el trato, ya sabes, hay mucha competencia, y si aquí se sienten bien tratados y encima, por una cara agradable, pues mucho mejor.

Mientras el muy asqueroso reculaba tratando de halagarme de una manera infantil, yo me aguantaba las ganas de dejarle libre aquel maravilloso puesto de trabajo que estarían encantadas de tener cincuenta mil personas... por lo menos.

Aquella noche soñé con una carreta de la que tiraba un burro atraído por una zanahoria que colgaba delante de él

y que nunca lograba alcanzar: Yo era esa zanahoria que iba delante del animal, vestida con un enorme escote del que casi se me salían las domingas, lo que ponía al burrito más loco todavía.

Entre sueños, escuché el despertador que afortunadamente me sacó de mi horrible experiencia como zanahoria erótica, y dispuesta a comenzar el maratón diario, llamé a Paco que, como siempre, se hacía el remolón entre las sábanas.

—Yo no sé cómo puedes levantarte con tanta facilidad —dijo buscando las zapatillas—. Como se ve que tú no tienes que aguantar a un jefe como el mío.

Razón no le faltaba, no tengo que aguantar a un jefe como el suyo, pero tengo que aguantar al mío, que ya es bastante. Aunque, claro, eso no cuenta.

\* \* \*

PARA relajar tensiones no hay nada mejor que la peluquería.

Vas allí, te sientas y te dejas hacer. Generalmente, nunca te hacen lo que has pedido, siempre sales con otra idea diferente de la que llevabas, pero bueno, mientras te lo hacen y no, no piensas en otras cosas.

Además, allí hay revistas de cotilleos, de esas que no compra nadie porque a nadie le gustan pero que tienen más tirada que cualquier diario de información. Y a mí no me extraña nada, porque coges el periódico y sólo ves desastres y malas noticias, y sin embargo, con las revistas del corazón, te das una ración de envidia que no veas.

Todos los famosos veranean en unas playas de infarto, todos tienen unos hijos guapísimos, vestidos elegantes pero informales, con pantalones rotos pero de seiscientos euros, no como los de mi hijo, que están rotos de tanto lavarlos.

Yo creo que en las peluquerías ponen esas revistas porque mientras las ves, y comentas con la de al lado los líos de unos y otros, no te enteras del color de pelo que te han puesto, y de los rizos que te han dejado, sólo lo ves al final, cuando ya no tiene arreglo y la peluquera te dice eso de: “Mujer, que ya te estaba haciendo falta un cambio”.

Antes iba a otra peluquería que me quedaba un poco más lejos de casa, pero es que sólo tenía revistas de decoración, y dejé de ir, me deprimía mucho, porque vamos a ver ¿quién tiene las casas que salen en esas revistas? Tú las estás viendo y todo te parece fabuloso, con cuatro telas por aquí y dos chinchetas por allá, te hacen unos armarios en los que puedes meter media casa.

Lo ves tan fácil que te animas y te compras cuatro cosas a ver si eres capaz de hacerlo igual, pero cuando te pones, te sale un churro auténtico, te has cargado la tela, te has machacado un dedo al intentar clavar las chinchetas, te has gastado un dinero y te has quedado sin armario.

Después de todo, tampoco iba a tener donde ponerlo, porque las dimensiones de las casas de las revistas, no se parecen en nada al pisito “todo terreno” que tengo yo.

Esas camas con dosel, esas habitaciones con biombo separando diferentes “ambientes”... Si yo los únicos ambientes que puedo separar son el de verano y el de invierno con un cartón en el zapatero para que no se mezclen las botas de agua con las chancletas de la piscina...

Un día que vi en una tienda una cama con mosquitera, se me ocurrió comprar una para la nuestra, porque queda-

ba como las camas de las películas, con una intimidad, con un lujazo que parecía que era la cama de un palacio.

Bueno, ni qué decir tiene que a Paco no le gustó ni una pizca, y para colmo de males, había que hacer un taladro en el techo para colgar la mosquitera de allí, y a Paco lo del bricolaje no se le da nada bien.

Para mí que aquella tarde estaban de oferta los agujeros, porque hizo seis por el precio de uno, parecía que teníamos carcoma, con el techo como un colador y la cama llena de escayola que había ido cayendo al son de su taladro, que por cierto, se lo había regalado Luis por el día del padre, con mi dinero, eso sí, y no lo había estrenado porque le daba miedo, aunque él dijese que era porque no tenía tiempo.

Mientras agujereaba iba protestando: un agujero, una protesta, así hasta seis. Los hombres tienen un sentido mucho más práctico de las cosas que nosotras, y en cuanto a decoración ya ni te cuento. Él era incapaz de entender para qué queríamos una mosquitera si no tenemos mosquitos, no entienden que con un velo rosa adornado con florecitas, cubriendo la cama, lo de menos son los mosquitos, que por otra parte apenas entran en casa. Es más profundo, es la novedad, la magia de sentir algo diferente en tu cama, el poderlo enseñar a tus cuñadas, en fin, esos detalles que ellos no saben valorar, para ellos: si no hay mosquitos, no hace falta mosquitera.

Quedar, quedó monísima, parecía una cama de esas que hay en los museos, era como otra habitación, pero a Paco no le gustaba, y cuando a Paco no le gusta una cosa, no le gusta y ya no hay nada más que hablar.

Aquella vez, que yo me sentía transportada al reino de las mil y una noches y me hubiera sentido una sultana, justo aquella noche, él no tenía ganas de nada, estaba de

morros por “la maldita gasa”, como él la llamaba, y no hubo nada qué hacer.

Pero lo malo vino por la mañana al levantarse, que como siempre sale de la cama de mal humor y a toda carrera, lo que menos se acordó él fue de la mosquitera, y no sé cómo se las apañó que se enroscó un pié en la tela, tiró de ella, se cayó al suelo, se dio contra el radiador, porque en mi habitación está el sitio justito para andar de pie, tumbados imposible, se arrancó la mosquitera del techo, con ella se vino parte de la escayola que había quedado bastante perjudicada con la sesión de agujeros del día antes, y la “maldita gasa”, pasó a convertirse en “el putito invento de mis pelotas”.

No hace falta que cuente que desde entonces, la mosquitera duerme en una caja, al fondo del desván, esperando al día en que pueda tener una habitación de invitados a la que irme a dormir cuando Paco y yo nos enfadamos y en la que podamos instalarnos de vez en cuando mi mosquitera y yo.

Dejé de ir a aquella peluquería porque no vale la pena ver revistas de decoración, prefiero la prensa rosa, que por lo menos, aunque me haga padecer ataques de envidia, me entretiene más.

Mientras Pili, la peluquera me da unas mechas y me pone ese gorro horrible del que va sacando unos pelillos y te deja con ese aspecto de extraterrestre tan peculiar, yo me pregunto cómo los famosos podrán vender su vida de esa manera. Venden bodas, comuniones, separaciones, partos, no partos, sí partos... ¿Cómo podrán hacer eso?

Quiero decir ¿cómo hay que hacerlo para que todos podamos vender así?

Ya me veo yo en las portadas nacionales contando los

secretos inconfesables de mi jefe, por decir alguien:

“Ana López nos desvela los secretos de Julián Ruiz”

Tal vez tuviera que cambiarme de nombre, porque el mío a lo mejor no es muy comercial, pero bueno, eso serían detalles a tratar con mi representante, que sería Paco, porque no iba yo a ser menos que las otras famosas, que cuando tienen maridos y no saben dónde ponerlos, los nombran representantes. Y mientras yo contaba que el jefe se descalza en su despacho y le huelen los pies que no hay quien entre, o que va a trabajar seis días seguidos con la misma camisa, de Armani, eso sí, pero la misma todos los días, o que estará muy forrado pero no nos ha pagado ni un café en toda su vida porque es más agarrado que el chotis, o que se lleva el papel higiénico del baño de la agencia para casa, que eso lo he visto yo con estos ojitos... Mientras yo largaba todo eso y más, el dinero iría cayendo y hala, y venga y dale que te pego... Se habrían acabado los ahogos para pagar la hipoteca, las cuentas para llegar a fin de mes, las vacaciones en casa de mi cuñada Marta o en el camping de Toldanos... La vida sería maravillosa, o como mínimo, diferente.

En fin, que soñar es lo único gratis que nos queda.

\* \* \*

UN mes había pasado desde la arenga que me echó mi jefe en su despacho, cuando me sugirió lo del escote y todo aquello, un mes, ni más ni menos. Por eso, cuando me volvió a llamar para que me reuniese con él “a la mayor brevedad”, pensé que iba a insistirme otra vez en que me

pusiese una minifalda, y llevaba preparado un discurso de aquí te espero acerca de lo que ponía en mi contrato, en el cual, no se mencionaba para nada el atuendo que tenía que llevar en mis horas de trabajo. Además, había ensayado un alegato a favor de los derechos de la mujer en el trabajo, de la igualdad, que en mi caso nunca se cumplió, porque disfrazados de complementos con variados nombres, se las apañaban para que mis tres compañeros de oficina cobrasen más que yo, a pesar de hacer el mismo trabajo. Si creía que echándome otro de sus sermones sobre la atención que el cliente busca, iba a convencerme para que me pusiese un atuendo de quinceañera con falditas monísimas y el estómago al aire, estaba muy equivocado.

—Siéntate, Ana, lo que tengo que decirte es bastante serio, y me cuesta mucho trabajo, puedes creerme.

Me senté, pero no me asustó, estaba acostumbrada a aquella cara de circunstancias, a aquellos bigotazos peliblanco que reposaban sobre unos morros viscosos, a aquellos ojos de besugo atrasado que me miraban como si quisieran desnudarme.

—Bueno, la verdad es que yo ya te había comentado que últimamente, las ventas no van muy bien, que por el motivo que sea, hemos descendido con relación a años anteriores, y eso...claro, ha trascendido a la central y...

—¿Y qué? —le pregunté intrigada, porque todavía no me explicaba qué podía tener yo que ver con el receso de la economía en el mundo.

—Pues que, claro, han dicho que así no se puede seguir, que hay que hacer algo, porque si no, no cubrimos ni los gastos, eso sale de ojo...

No me miraba a la cara, no fijaba la vista, jugueteaba con un bolígrafo que andaba mareando de una mano para otra, mientras mantenía la cabeza agachada, como si no

quisiese encontrarse con mis ojos, bueno, nada de “como si no quisiese”, es que no quería y punto.

—No entiendo por qué me dice esto —le dije—, todos sabemos que la gente se ha apretado el cinturón, pero vamos, aquí se hace lo que se puede.

Me miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera dar crédito a la ingenuidad de la tonta que tenía delante, o sea, yo.

Ya sé que pecho de confiada, pero en ningún momento se me ocurrió que estaba allí sentada para escuchar lo que estaba a punto de salir por aquella boca que de vez en cuando se humedecía con un pedazo de lengua recordándome inevitablemente a las vacas que mi suegra tiene en el pueblo.

—No es eso Ana, yo siento mucho tener que decirte esto, pero hoy mismo me ha llegado un aviso de la central de que ante la situación que se mantiene en esta oficina, se ven obligados a hacer un ajuste de personal, y esto significa que...

Y en ese momento justo, caí del guindo, porque el escaso poder de comprensión que mi jefe está convencido que tengo, me llega para darme cuenta de que un “ajuste de personal” no es meterse todos en la misma oficina pero más apretados.

—No es cosa mía —dijo abriendo mucho los brazos, como si la sola idea de que yo pudiese hacerle responsable a él del “ajuste”, le escociese como si le echase Fairy en un ojo—. ¡Bien lo sabe Dios!

Ahí me recordó un poco a Escarlata O´Hara cuando puso a Dios por testigo, pero vamos, en versión de “Todo a cien”, porque este es un actor bastante malo.

—Aquí tengo la comunicación si la quieres ver —siguió, mientras hacía como que me dejaba leer una carta que se

apresuró a guardar antes de que yo pudiera ni hacer ademán de cogerla—, son los de la central los que deciden, yo no soy nadie, hija mía, ya lo sabes, ellos resuelven y a mí me dejan el terrible trance de comunicarte que tu contrato con la empresa queda rescindido...

En aquel momento, me entró un temblorcillo por las piernas y un escalofrío, que no sabía si estaba sentada en la silla del despacho de aquel hombre que ahora me trataba de forma tan paternal o flotando en la noria de las fiestas de Alpedrete.

Sus palabras resonaban en mi cabeza y se cruzaban entre mis pobres y aturcidas neuronas, los recibos que cada mes dejaban en blanco nuestra cuenta bancaria me asaltaban como fantasmas; la casa, que todavía pertenecía al banco, volaba alejándose de mí, justo ahora, que ya sólo nos quedaban veintiocho años por pagar; las vacaciones en la playa, aquellas que llevábamos aplazando quince años, tendrían otra vez que esperar, el sofá de piel sintética, el lavavajillas, el frigorífico “combi”, el ordenador nuevo... todo se esfumó como por encanto con las palabras que me había dicho aquel asqueroso que por fin se atrevía a clavar su mirada en mí, a ver cómo reaccionaba, seguramente disfrutando de verme morder el polvo, como en las películas del oeste que le gustan a Paco.

—¿Y por qué yo? —le dije comiéndome dos lagrimones que peleaban por salir de este par de ojos llorones que tengo—. Somos cuatro en la oficina ¿Por qué tengo que ser yo?

Se quedó de piedra, no esperaba la pregunta. Para él, las mujeres no tienen suficientes reflejos como para responder así, sólo servimos para ver, oír y acatar.

—Esto pregúntalo en la central, ya te digo que yo no he intervenido, me he quedado tan sorprendido como tú

cuando me lo han dicho. No sé, a lo mejor es porque tu contrato era por obra y servicios, ya sabes que desde hace años no se mete a nadie fijo, las políticas empresariales son así... O tal vez porque tienes menos antigüedad, o porque... no sé...

—O porque soy la única mujer —le dije convencida de que no había que darle muchas vueltas más al tema, porque para mí, la respuesta estaba clara.

—¡No mujer! ¡Eso ni lo pienses! Las mujeres hoy en día estáis liberadas, ya no hay discriminación...

Le miré y me pellizqué para ver si estaba soñando, porque tanta comedia me parecía demasiado para ser verdad, pero no, no era un sueño, era tan cierto como que después de decirme lo que me había dicho, todavía añadió:

—Hala, hala, no te disgustes, ahora sal ahí y venga, a trabajar, como si nada hubiera pasado, hay que levantar el negocio, no vamos a permitir que esta oficina se venga abajo ¿verdad?

Lo único para lo que tuve fuerzas, fue para coger mi bolso y salir a la calle sin dar más explicaciones.

Total, ya no podían despedirme.

\* \* \*

EL dinero sí que importa, claro que importa. Ya estoy harta de tantas memeces de que no da la felicidad, de que los ricos también lloran y todas esas milongas que son intentos de consolar a los pobres, pero a mí no me la dan, el dinero importa mucho, vamos, importa casi todo, es como la energía: ni se crea ni se destruye, sólo cambia de

mano, y todos queremos que esté en la nuestra ¿no? Pues eso.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —me dijo Paco cuando le comunicó que tenía una mujer en el paro—. ¿Cómo vamos a vivir?

Me gusta por lo animoso que es, por el respaldo moral tan grande que da cuando una más lo necesita, por esa sensación de “sexo fuerte” que te hace sentir que a su lado nada te puede pasar...

—¿Cómo vamos a pagar la hipoteca? ¿Cómo vamos a pagar las letras del coche? ¿Y los plazos de los muebles del salón? ¿Y la tarjeta del Carrefour? Pero... ¿tú qué has hecho para que te echen?

Además de enterarme de la cantidad de cosas que se pagaban con mi sueldo, me estaba dando cuenta de que mi marido me trataba como a una niña a la que hay que regañar por haberse “portado mal” en el trabajo, y eso me estaba encendiendo de una manera que me hacía sentir por dentro una especie de no sé qué, para ponerme casi a punto de estallar.

—Si ya lo decía yo —continuó con su perorata de apoyo psicológico—, si es que tú no te callas nada, en los trabajos hay que aguantar mucho, pero tú no, tú venga a protestar por todo, y claro, ha pasado lo que tenía que pasar...

Sólo le faltó decirme “te lo tienes bien merecido”, pero por más que seguía insistiendo, no consiguió hundir mi moral, porque si algo tenía yo bien claro, era que las razones de que no me renovasen el contrato eran las que me había dicho mi jefe, la necesidad de hacer una reestructuración de personal, pues llevábamos tiempo escuchando rumores de que los dueños del “cotarro” se proponían reducir costes, esas eran órdenes que no daba mi jefe, que al fin y al cabo, sólo era un mandado más, esa iniciativa

provenía de más arriba, lo que me dolía era que entre los cuatro que estábamos en la oficina, la que tuviese que abandonar el puesto, fuese precisamente yo, y esa decisión, sí que la había tomado mi jefe, ahí no me cabía ninguna duda. ¿Por qué se había decantado por mí? Pues estaba bien claro, porque así se quedaban los cuatro hombreritos solos en la agencia, que al fin y al cabo, era lo que venían queriendo desde hacía mucho tiempo. Y eso, en el siglo veintiuno, duele que no veas, porque vamos, mi forma de trabajar no deja nada que desear al lado de la suya.

Mientras yo aclaraba mentalmente mis ideas, Paco seguía rasgándose las vestiduras calculadora en mano, presa de un ataque de pobreza que le podía dejar secuelas para cuando fuese mayor.

—¡No llegamos! ¡No llegamos a fin de mes! Está claro, o nos toca la lotería o no llegamos ni al día quince... ¡Dios mío! No sé cómo lo vamos a hacer...

Por un lado me daba pena verle tan angustiado, él que siempre se ha jactado de ser una persona tranquila, cuando yo soy la histérica y la que me ahogo en un vaso de agua, pero por otro, me estaba jorobando un poquito (un poquito como de aquí a Lima) saber que justo cuando había perdido mi trabajo, era cuando él lo estaba valorando, porque hasta entonces, sólo había sido un entretenimiento, una forma de pasar el rato, nada comparado al esfuerzo que hacía él para traer dinero a casa y que pudiéramos subsistir los cuatro, porque total, para el sueldo que me pagaban era mejor que me quedase en casa cuidando de nuestros hijos como hacían las madres de antes, que esas sí que eran madres...Había tenido que oír tantas cosas y tragarme comportamientos tan absurdamente machistas dentro y fuera de mi casa para mantener aquel puesto de trabajo,

que sólo de pensar que la lucha no había merecido la pena, porque al final, había llevado las de perder, me hacía sentir una especie de cosquilleo en la nariz que, o lo cortaba en seco, o muy pronto se convertiría en un llanto profuso que no tenía ningunas ganas de pasear por delante de aquella especie de macho ibérico que estaba desgastando la calculadora sin haber tenido todavía una palabra de aliento para mí.

—No te preocupes —le dije muy seria—, voy a conseguir otro trabajo mañana mismo, por mi culpa no vas a tener que pasar hambre, tranquilo...

Y salí de la habitación dejándole allí, con la palabra en la boca y veinte recibos del banco que me había sacado por si yo no sabía la de cosas que teníamos que pagar.

—¡Y encima se enfada...! —fue lo último que le oí decir.

Aquella noche, cuando estábamos en la cama nos pusimos uno para cada lado, bien separados. Yo me puse a leer un rato aunque no me enteraba de nada de lo que leía, la verdad, porque la cabeza se me iba para todos los sitios menos para el libro. De repente sentí un pie que se acercaba insidiosamente por la retaguardia, al tiempo que una mano comenzaba a escalar mi espalda despacito, para intentar meterse por debajo de mi brazo y agarrarme una teta, que el recorrido me lo conozco al dedillo.

—¿Pero cómo puedes ser así? —le dije saltando de la cama como si en vez de estar con Paco estuviese a mi lado el mismísimo Espinete pinchándome con miles de púas—. Después del día que he tenido, después de todo lo que me has dicho, de lo mal que me has hecho sentir, después de todo eso... ¿Ahora llegas a la cama con ganas de juerga?

Dos ojos enormes me miraron desde su cara de no entender nada, y arrugando la boca dijo:

—¡Coño! ¿Y eso qué tiene que ver?